Escribiendole al miedo

Akuma

Image not found.

Capítulo 1

I

Rutina mía

La imponente sombra de aquella criatura se dibujaba en las paredes del sucio callejón de la calle cincuenta, sus ojos rojos eran dos ventanas al mismísimo infierno. Mis piernas estaban inmóviles, no podía correr o gritar por ayuda, solo podía observar como mi muerte se acercaba poco a poco, acompañada por un olor a hierro y por el frio aire de la noche…

–*Esto está mal* – susurre para mí mismo.

Estaba como todas las noches, en aquel café-bar de la carrera séptima, un pequeño recoveco que me permitía tomar un pequeño aire luego de un largo y absurdo día de trabajo. Las paredes de aquí son de madera y los muebles dan un aire que recuerda a los años 80, solo hacia falta ir al segundo piso de una modesta librería esotérica para llegar. El café aquí es bueno, su sabor ayuda a calmar mi ansiedad, es una lástima que aquí no se pueda fumar, pero ya habrá tiempo para eso luego.

A pesar del encanto del sitio, hace mas de dos meses que las palabras no fluyen como deben, soy incapaz de plasmar mis ideas de una forma correcta y el resultado es simplemente… insípido, sin gracia.

Este bloqueo me esta matando, aunque en realidad no soy un escritor exitoso, antes conseguía que los sentimientos se desbordaran en las hojas, dejaba que el papel limpiara la locura producida por un mundo lleno de gente cuerda. Pero bueno, ya es hora de irme, no es agradable caminar tan tarde por el centro de la ciudad, incluso el trayecto al parqueadero de solo un par de cuadras es bastante "exótico", así que mejor no tardar de más.

Aun manejando a alta velocidad había algo muy evidente, la ciudad estaba viva, la gente recorría las calles, fluía como sangre por las venas de un enorme monstruo que era capas de consumirte en poco tiempo, así como ocurrió con la gente que a altas horas de la noche aun estaba tirada en un andén, mirando al cielo como si pidieran una nueva oportunidad para vivir una vida socialmente aceptable, pero el cielo no escucha a nadie, ni siquiera a los niños que vistiendo solo un par de harapos tratan de sobrevivir un día más. Cada noche recorriendo las calles de la ciudad puedo ver a la misma gente, en el mismo horario, cruzando las mismas calles, y esto lejos de hacerme especial, me recuerda que yo también

hago parte de este monstruo insaciable.

Luego de cenar algo de lo que haya en la nevera, es hora de dormir, esta puede ser la labor más dura del día. Antes cuando iba a dormir las paredes se movían, danzaban frente a mis ojos, reían, lloraban, me contaban historias que nadie ha escuchado, pero en algún momento se detuvieron, esto lejos de ayudar, solo hizo más difícil el tratar de dormir, ahora son solo cuatro paredes inertes, un techo sin vida, una realidad indiferente, poco acogedora, en la que los minutos se vuelven horas, y como dice la canción, la nostalgia es mas grande que el sueño.

Todo esto no importa, después de todo la alarma ya sonó, es hora de cronometrar mis tiempos con la suficiente astucia como para tomar una ducha, comer algo y estar a las ocho en punto en mi puesto de trabajo, con la camisa de los miércoles perfectamente acomodada, para saludar con natural hipocresía a mis compañeros, mientras todos pretendemos que estamos en un lugar agradable, cuando en realidad nadie quiere estar atado a estos malditos escritorios.

– *¿y por qué esa cara?* – pregunto la dulce voz de una chica.

–*La misma de todos los días, me sorprende que te sorprenda* – le respondí a ella con el tono burlón y sarcástico que me caracteriza.

–*¿A quien podría no sorprenderle ver la misma careta día tras día?* – me respondió sonriendo.

–*A quien no olvida que estamos a diario en una fiesta de disfraces ¿no vez que estamos rodeados de payasos?* – le conteste en voz baja, mientras ambos reíamos un poco.

–*definitivamente estas loco, pero bueno, ya nos vemos a la hora del almuerzo, no llegues tarde* – me dijo despidiéndose con un gesto de mano.

Hablar con ella siempre me pone de mejor humor, es como si calmara mi rabia, supongo que esa alegría es algo contagiosa, o quizás sea porque no puedo verla con los mismos ojos que veo a los demás. En algún momento los hombres nos volvemos incapaces de ver de forma normal a una mujer, la contemplamos como si de arte se tratara, buscamos un significado en sus dedicados trazos, en la expresividad de sus colores, nos deleitamos con su harmoniosa construcción y tratamos de procesar las sensaciones y sentimientos que nos produce contemplar una maravilla que puede tener todos, uno o ninguno de los significados posibles.

Para mi ella es la mas bella de las obras de arte, no me preguntes porque, porque ni yo mismo lo sé, quizás sean esos hermosos ojos marrones que me miran con ternura y confusión cuando digo alguna de mis

incoherencias, tal vez sea ese negro y largo cabello, cayendo sobre sus hombros, delineando ese fino rostro, cubierto por su blanca piel. Incluso puede ser mi parte más animal, queriendo derrapar en esas sencillas y peligrosas curvas, o quizás mi parte más humana, queriendo perderse en su encantadora sencillez. No lo sé, y no sé si quiera saberlo.

Luego de mi golpe de locura matutina, llega la cordura, la ausencia de sentido del mundo. El tener que trabajar para vivir y vivir para trabajar, este ciclo absurdo que, con suerte, se repite solo cinco veces a la semana. Nunca he sido muy creyente, pero si en infierno existe, de seguro es una maldita oficina, y el diablo es el mismo gerente idiota de todas las empresas, que exige mucho y otorga poco. Pero como culparlos, si el poder solo conlleva a la arrogancia en el ser humano, quizá por eso existe una cierta unidad entre quienes siempre hemos estado debajo de la cadena de mando.

Es curioso como las ocho horas de trabajo pasan en una semana, pero la hora de almuerzo pasa en tan solo un minuto. El tiempo es lineal, pero se estira y contrae a su antojo. El echo es que luego de almorzar con el colorido grupo de siempre, la tortura sin color debe seguir por un par de horas más.

Una vez fuera, todos toman el camino de siempre, incluso yo, que aun sin dirección, voy por el mismo camino de todos los días, buscando el color que le falta a la realidad, soñando con otra vida, soñando con ella, y suspirando hasta quedarme sin aire, pensando en que son solo sueños, dejando que cada suspiro aleje mis absurdas ideas de a poco, refugiándome en el cigarro, viendo como el humo interpreta sus coreografías en el aire.

Estaba a punto de entrar al café-bar, pero una llamada inesperada me detuvo, era ella.

–*Hey ¿Cómo va todo?* – conteste mi teléfono sin disimular ni un poco mi sorpresa.

–*Holi, ven ¿estas ocupado?* – me dijo en su dulce tono de siempre.

–*Soy el tipo mas vago que conoces, nunca estoy ocupado* – respondí con normalidad.

–*Por eso siempre cuento contigo* – me respondió riendo – *oye, te quería preguntar ¿has oído hablar de la catedral abandonada a las afueras de Tunja?* –

–*Si, pero solo he escuchado historias, nunca la he visto y ni siquiera se la ubicación exacta ¿Por qué la pregunta?* – respondí extrañado, era una pregunta inusual incluso para ser las seis de la tarde de un miércoles de

noviembre.

–*Veras, queremos ir a verla este fin de semana, aprovechando que el lunes es festivo, vamos a ir los mismos de siempre, nadie a quien odies mucho, así que ¿quieres venir? Necesitamos a alguien que se sepa ubicar bien y que le gusten este tipo de cosas* – ella hablaba con esa emoción que me encantaba, me recordaba a un niño pidiéndole a su amigo que saliera para jugar en el parque.

–*Suena tentador, supongo que es lo más divertido y no blasfemo que se puede hacer en una iglesia, solo espero no quemarme a penas entre* – respondí con mi mejor intento de decir sí.

–*No seas tonto* – rio ella, con mucha energía – *discutimos lo detalles en el almuerzo de mañana ¿esta bien?* –

–*Perfecto, nos vemos mañana, un beso, cuídate* – me despedí y luego entre por mi café de la tarde.

Sentado frente al papel en blanco, con el sabor a café en mi boca, me di cuenta de dos cosas, la primera es que quizá ver un paisaje extraño y abandonado, al aire libre, me ayudé a salir del bloqueo. La segunda, es que yo también parezco un niño justo ahora, la emoción previa a un viaje, que no sentía desde aquellos lejanos días en los que no tenia mayor preocupación, casi había olvidado lo bien que se siente esta ingenua situación, idealizar algo simple para convertirlo en algo maravilloso, supongo que, para seguir adelante, a veces hay que mirar atrás.

Capítulo 2

II

Antes de la tormenta

El día transcurrió con la insana normalidad a la que ya estoy acostumbrado, por lo menos lo hizo hasta la hora del almuerzo, ya que debíamos aclarar todos los asuntos respecto al viaje. Paola tenía razón en algo, no asistiría nadie a quien odie lo suficiente como para no disfrutar este inusual viaje, lo supe después de analizar al grupo que hoy nos acompañaba en la mesa.

Estaba Andres, del departamento de contabilidad, junto con su esposa Erika, encargada de ventas. Estaban también Alejandra y Paola, de archivo, y finalmente yo, vaya grupo colorido.

–¿Y bien? – me pregunto Alejandra –¿investigaste algo del sitio? –

–Algo un tanto interesante – respondí –luego de estar 4 horas jugando videojuegos y 5 minutos investigando, note que no hay ningún registro exacto de la catedral, solo hay testimonios de gente que afirma haberla visto, otros que afirman haber entrado, pero a parte de un par de fotos borrosas no pude encontrar nada más –

–¡no! – exclamo Paola –¿ósea que no existe? – pregunto con una extraña mezcla de preocupación y tristeza.

–Yo nunca dije eso – respondí para calmarla –solo que no está lo suficientemente documentada –

–No estarás pensando ir a ciegas ¿verdad? – dijo Andres.

–Hablas como si no me conocieras – conteste, mostrando que ya me esperaba esa pregunta – había pensado en lo siguiente, salimos temprano el sábado, lo suficiente para llegar a desayunar, estamos más o menos a unas dos horas, así que podemos salir a las seis y estar a las ocho para tomar algo de chocolate –

–Suena bien para la mañana – comento Erika –pero vamos a estar todo el fin de semana allá ¿luego de eso que haremos? –

–Es fácil – respondí –podemos usar el día para buscar donde quedarnos y sobre todo para buscar información en la ciudad, si la supuesta catedral existe, y se puede llegar a ella, que mejor sitio para buscar su ubicación

que la ciudad más cercana –

–Suena razonable – dijo Andres –pero ¿Qué haremos el resto del día? Es más ¿qué haremos si no hay ninguna catedral? –

–Sencillo – respondí de nuevo, era obvio que ella había pensado en todo –podemos conocer la ciudad, explorar un poco y salir en la noche a dar una vuelta, en caso de que no haya ninguna catedral, lo peor que puede pasar es que volvamos el domingo y descansemos todo el lunes–

–Cualquiera de las opciones no suena mal para cambiar un poco de ambiente – dijo Paola, con esa discreta sonrisa de siempre.

–Me parece bien, pero ¿les molesta si va John? – pregunto Alejandra.

A nadie le molestaba la idea, ni siquiera a mí, ya había visto al tipo otras veces, es de unos 26 años y esta lo suficientemente loco como para no caerme mal, así que todo estaba bien.

El resto del día e incluso el viernes transcurrieron de forma extraña, ni muy rápido, ni muy lento, hasta que llego el sábado. Eran las seis de la mañana, estaba esperando a los demás mientras fumaba un cigarro, justo en la calle cien, donde acordamos vernos.

Luego de unos minutos llegaron Erika y Andres en su auto, luego llegaron Alejandra, Paola y John, los cinco iban a viajar en el mismo auto, yo por mi parte iba en mi moto, no solo por la falta de espacio, sino porque me gusta manejar.

Sin perder mucho tiempo iniciamos nuestro viaje, pero luego de pasar el peaje, comencé a despegarme un poco de ellos. No me culpes, la velocidad es como una droga, cada vez quieres más y no solo eso, la adrenalina en cada curva, la sensación de libertad, dejar que el viento se lleve las preocupaciones, es tan relajante como riesgoso, pero eso no es más que parte del encanto del viaje.

Llegamos finalmente a Tunja, y buscamos un restaurante para desayunar, luego de eso un hotel donde pasar la noche. Entre todo esto también nos perdimos un rato por la ciudad, así que luego de almorzar comenzamos a buscar información respecto a la catedral, pero no parecía haber nada. Algunas personas solo decían que eran cuentos de niños, los demás conocían a alguien que dijo haberla visto en algún sitio, pero nadie se ponía de acuerdo sobre un lugar específico.

No parecía haber mucha esperanza de encontrar la dichosa catedral, no hasta que decidimos entrar a una pequeña tienda en el centro histórico, a un par de calles de la plaza. Al principio no supe decir de que era la tienda, podía ser un anticuario, o una tienda de ocultismo, pero era

demasiado llamativa, incluso para estar tan escondida. Les dije a todos que entráramos, más porque quería echar un vistazo que para buscar la información que necesitábamos, pero a decir verdad lo mas llamativo de la tienda era la anciana que la atendía, su rostro revelaba los años, a diferencia de su cabello, era tan negro como sus ojos, y estoy seguro que cualquier chica de veinte años desearía tener esa cabellera, su ropa no era típica, ni tampoco extravagante, pero sí que era rara.

Nos saludo con cortesía y elegancia en cuanto entramos, saludo que fue correspondido con la misma cordialidad por todos nosotros. Todos curioseábamos por la tienda, la única que parecía no haber olvidado nuestro propósito de ese día era Paola, quien se acercó a la anciana y con su tono más amigable hablo.

–Disculpe… mis amigos y yo estamos buscando información respecto a la vieja catedral a las afuera de la ciudad, pero no hemos encontrado nada útil ¿sabe algo respecto al tema? – pregunto la chica, con sus mejillas un poco enrojecidas.

–Claro mi niña – contesto la anciana, con total serenidad –no se vive tanto tiempo en esta ciudad sin conocer un poco de la historia de esa catedral. La que alguna vez fue un templo para la fe, hoy ha sido consumida por el paso del tiempo, y reducida a una simple leyenda, que la gente ya no sabe ni como contar… recuerdo que era solo una niña cuando un viajero le cambio esto a mi madre por algo de agua y comida–

La anciana abrió una puerta justo detrás del mostrador, entro y luego de unos segundos, regresó, en sus manos traía lo que parecía ser un libro viejo, con una cubierta de cuero sucia de polvo, y sus páginas notoriamente amarillentas.

–estuvo un tiempo en exhibición, pero no parecía interesarle a nadie –prosiguió la señora –así que decidimos guardarlo mas como un recuerdo. El día que aquel hombre nos dio este libro, se sentó a comer en una silla frente al mostrador, y nos conto que había obtenido ese libro en una catedral ubicada a las afueras de la ciudad, hacia el suroeste, dijo que el libro parecía antiguo, y que podría servir para la tienda. Me tomé la libertad de leerlo algunas veces, y cuenta la historia completa de la catedral, todo lo referente a su construcción y a sus días de gloria, era tan maravilloso que incluso yo misma fui a buscarla un día, cuando la edad aun no me pasaba factura, pero aun así solo pude verla de lejos, llegar no es fácil, el camino es bastante exigente, pero no debe ser un problema para un grupo de jóvenes como ustedes –

Todos prestábamos atención al relato, a pesar de que era casi tan inespecífico como el resto, había algo en aquella tendera que casi obligaba

a creerle cada palabra.

–Y supongo que el libro ya no esta en venta – comenté.

–Esto es una tienda querido, si no vendemos tendremos que cerrarla – me respondió la señora.

–Y ¿Cuánto costaría? – le pregunté.

–Serian solo veinte mil pesos – dijo la anciana, con un tono extrañamente complacido –se que no es un precio alto, encontraran lo que vinieron a buscar, y dibujaras una sonrisa en la cara de esta preciosa niña – dijo señalando a Paola.

Puedes decir que soy fácilmente persuasible, pero no encontré fallas en su lógica, así que le di el dinero, tome el libro y salimos de la tienda, brindándole a la extraña señora una cordial despedida.

Eran cerca de las 3 de la tarde cuando comencé a leer aquel libro, era el diario de un teniente español, de la época colonial, el teniente Carlos Malabia, dado el primer paso, solo restaba seguir leyendo.

El tiempo paso y la hora de comer llego.

–¿y bien? – pregunto Andrés –¿hay algo interesante en ese libro?

–Yo lo llamaría raro antes que interesante – respondí pausadamente – parece ser que este diario era de un teniente del ejercito español, narra desde la exploración del terreno hasta la construcción de lo que él llama poblado de Salema, en donde se construyó "la gran catedral" es extraño que no le hayan dado un nombre, aparte, parece que este tipo tenia mas fidelidad hacia la iglesia que hacia la corona, habla bastante de un tal arzobispo Esteban. Obviamente esto esta lleno de muerte y sangre, tiene a la iglesia católica y la colonia española juntos en un mismo relato –

–Pero ¿dice en donde esta? – pregunto Paola.

–Es difícil de interpretar – le respondí –este relato es incluso de antes de la construcción de la ciudad, así que no tengo un punto de referencia, a excepción… –

–¿A excepción de? – pregunto Alejandra.

–en la última página hay algo escrito – respondí mientras abría el diario – es otra letra e incluso para mí, es bastante obvio que fue escrito bastante después que el resto del diario, según esto, hay un desvió a unos 10 kilómetros antes de entrar a la ciudad, siguiendo ese camino debería haber un gran árbol y luego de eso un puente pequeño, pasando el puente

deberíamos poder ver la catedral… –

–No te ves muy convencido, y siendo así ya seriamos dos – dijo Andrés.

–Es solo que es extraño, a este diario le faltan páginas, como si hubieran sido arrancadas, aparte sugiere que no es solo una catedral, sino un pueblo pequeño, entonces ¿porque nadie lo ha visto? El terreno es bastante llano como para verlo a lo lejos… además use la aplicación de mapas, creo que seguí bien la ruta, pero da a la nada… –

Todo el alboroto anterior se convirtió en silencio, especialmente por parte de Erika, llevaba toda la noche bastante callada, pero no la culpo, la situación era más extraña de lo que se supone que seria, finalmente fue John quien logro romper el silencio y hacernos tomar una decisión.

–Yo diría que deberíamos tratar de buscar el sitio, creo que lo que dijo la anciana de la tienda coincide con lo que esta en el libro, cuando menos daremos una caminata, no sé qué opinen ustedes, pero ya estamos bastante metidos en esto como para no seguir la única pista que tenemos, suena incluso divertido – dijo John con total seguridad.

Eso fue bastante sensato, así que a nadie le molesto el plan. Terminamos de comer y fuimos a nuestras habitaciones para descansa. Yo por mi parte, lleve algunas cervezas y releí varias veces algunos párrafos del libro que me llamaban la atención, principalmente las instrucciones para llegar a donde sea que fuéramos, la búsqueda de la catedral se convirtió en la búsqueda de un pueblo, no tiene sentido que haya tan pocos registros de una construcción tan grande.

Capítulo 3

III

Sin rumbo, sin prisa

Así funciona mi cabeza… cuando más necesito descansar ella no se calla. Debíamos partir a las siete de la mañana, eran las dos de la madrugada y dormir era una feliz idea que me esquivaba.

Salí al balcón del hotel con las últimas tres cervezas que me quedaban para tratar de relajarme un poco, para contemplar el cielo nocturno y poder sumergirme en la ilusión del presente mientras observo el pasado.

–Así que incluso tu tienes problemas para dormir, es bastante inesperado – dijo una suave voz a mis espaldas, que reconocí de inmediato.

–Siempre tengo problemas para dormir, el sorprendido debería ser yo, no eres la clase de persona que esperas encontrar a estas horas – le respondí a Alejandra con mi habitual sarcasmo.

–¿y combates el insomnio bebiendo? – me pregunto ella.

–Me gusta pensar que al fondo de la botella encontrare algo, quizá las respuestas a mis preguntas, o quizás una razón para dejar de hacerme preguntas sin respuesta – le respondí mientras le alcanzaba una cerveza.

–Sabes que al fondo no hay más que vacío – dijo mientras recibía la cerveza –me parece una excusa demasiado básica justificar tu alcoholismo en la nostalgia de la noche, sabes que eres mejor que eso, ¿Qué razón tienes para representar un poema tan simple?

–Ay mi niña… – suspire –al fondo de cada botella hay todo menos vacío, al fondo estoy yo, un poco mas sobrio de lo que estaba antes del primer sorbo, justo ahora seria incapaz de representar, o tan siquiera de recitar un poema, no en estos días, no en esta época, en la que bastardizamos la poesía y poetizamos la bastardización.

–Poético hasta el final, supongo que está en tus venas – dijo mientras daba un trago su bebida.

–vaya linda forma de decirme bastardo – le respondí con una mueca burlona.

Ambos nos reímos, eso ayudo a aliviar el ambiente innecesariamente nostálgico.

–¿Has pensado en lo que encontraremos mañana? – me pregunto con un tono inocente.

–Suponiendo que no encontremos un pastizal vacío, puede que haya algunos edificios en ruinas, mucha basura, algunos grafitis y muchas latas y botellas – Respondí con desinterés.

–No me refiero a eso, me refiero a… algo mas – su voz tomo un tono nervioso –algo como… fantasmas y esas cosas –

Fue imposible para mi contener la risa –no me digas que crees que encontraremos algo aparte de tierra y polvo –

–No te rías tonto – dijo ella, dándome un pequeño empujón, mientras sus mejillas se tornaban de un tierno color rojo –siempre haces referencias al tema, incluso en lo que escribes, siempre hay fantasmas y demonios por todos lados ¿y ahora me dices que no crees en ellos? ¿Qué no existen? –

–Nunca dije que no existieran. Fantasmas, demonios, monstruos, el mal, dios y el diablo, todo eso es mas real de lo que tu crees, pero requieren de una condición para ser reales – le dije en mi tono mas amigable, mientras señalaba con un dedo a su frente –requieren una mente que los vuelva reales, necesitan de alguien que les tema. En el papel existen solo porque tu los interpretas, pero afuera de eso, no son nada –

Ahora ella era quien no podía contener la risa –esta bien, te creo chico existencialista, pero por ahora iré a dormir – se despidió ella –descansa, gracias por la charla y la cerveza –

–vale, descansa, nos vemos en un rato – me despedí, y procedí a beber mi última cerveza antes de dormir.

En la mañana nos reunimos todos fuera del hotel, tomamos un bus para ir fuera de la ciudad y bajamos en la intersección, de ahí comenzamos a caminar siguiendo lo que creíamos, era la ruta para llegar.

Cada quien llevaba una maleta, con lo más básico, agua, latas de comida, una linterna y una chaqueta, además de eso, algunos llevábamos un cuchillo, no sabíamos a quién podríamos encontrarnos allá. Llevábamos también unas carpas para pasar la noche en el sitio, de momento todo iba de acuerdo con el plan.

No se podían ver más que algunas casas a lo lejos, que se hacían más borrosas a medida que nos adentrábamos en el campo. En teoría si caminábamos unos treinta minutos más encontraríamos el árbol, y esa

seria nuestra primera pista.

Entre más caminábamos más extraño me parecía no ver a lo lejos ningún árbol, ya lo dije antes, el terreno es muy plano como para que algo como un gran árbol, o una catedral puedan pasar desapercibido, así que eventualmente yo sacaba el diario para dar una ojeada, ver si pase algo por alto, o si interprete algo mal, pero no lo parecía.

–¿Falta mucho? – pregunto Erika entre jadeos.

–No sabría decirte, no se ve mucho a lo lejos, y mi teléfono no tiene señal como para verificar en la aplicación de mapas – Respondí con una notoria decepción en mi voz.

–Lo mejor será tomar un descanso y seguir luego – dijo Andres, y todos coincidimos.

Aproveche para leer mas detenidamente el diario, no había duda, este era el camino correcto, pero deberíamos haber visto el árbol hace unos 15 minutos.

Estaba tan perdido en el libro, analizando cada palabra, que casi perdí la noción del tiempo, hasta que algo llamo mi atención, un susurro, como si el mismo viento me pidiera enfocar mi vista al frente. A lo lejos se podía divisar una figura, era una persona, de baja estatura, un poco encorvada, cuando enfoqué mejor la vista, pude ver una larga y negra cabellera, pero era imposible… ¿Cómo podía estar la anciana de la tienda en ese sitio?

–¿Estas bien? – la mano de John sacudió mi hombro, me sentía un poco mareado.

–Si, estoy bien, solo… esperen aquí – abrí mi maleta, le di un trago al agua, saque el cuchillo y lo puse en la pretina de mi pantalón, tome el diario y comencé a caminar.

–Espera, voy contigo – dijo John a mis espaldas.

–No… escucha, necesito un favor, deja que las chicas cuiden las maletas, ten cerca tu cuchillo y no pierdas de vista nada, no debería salir del campo de visión de ninguno, si algo pasa llama a la policía, y corran – le dije en voz baja a John.

–¿Acaso te volviste loco? – me pregunto.

–Siempre lo he estado – le respondí mientras comenzaba a caminar.

Se que parecía una locura, pero piénsalo de este modo, vinimos a buscar un sitio que no sabíamos si existía, del cual nadie nos daba ni una buena

indicación, a excepción de una extraña anciana en una tienda, quien nos dio un diario con la historia del sitio que nadie conoce y con las indicaciones de como llegar, y ahora en el sitio mas remoto al cual nos guía ese libro veo a esa anciana… suena a trampa, además somos blanco fácil para cualquier grupo de ladrones, tres hombre y tres mujeres, de otra ciudad… no podía dejar que John me acompañara, Andres no podría cuidar a las tres chicas el solo, solo espero estar siendo paranoico.

Caminé hasta el sitio donde creí ver a la anciana, ella no estaba, pero pude apreciar algo desde allí, el camino que seguíamos no era tan plano como creíamos, por eso estábamos algo cansados, desde mi perspectiva estábamos subiendo una cuesta no muy empinada, pero ¿cómo pudimos pasar por alto ese detalle? además, en el punto en que yo estaba, la colina empezaba a descender, con un poco mas de inclinación, y al final del camino… había una especie de bosque, justo detrás de un enorme árbol, que se erguía frente a los demás como si estuviese vigilando quien se acercaba a sus dominios.

Hice señas a los demás para que se acercaran y me senté a descansar un poco, estaba demasiado exhausto por alguna razón, pero no le di mucha importancia, quizás solo se me paso un poco la mano con las cervezas anoche.

–Damas y caballeros, encontramos el árbol – les dije a todos cuando llegaron.

–vaya que estaba escondido – dijo Paola mientras me daba mi maleta.

Comenzamos a bajar hacia el árbol, cuando John me pregunto –oye ¿que fue eso de hace un rato? te pusiste como loco, Paola y Alejandra dijeron que era raro, hasta para ti–

–lo sé, yo solo… creí ver algo a lo lejos, estando tan lejos de la ciudad pudo ser muchas cosas, un animal peligroso, ladrones o cualquier otra rareza que podamos encontrar, necesitaba que tu y Andres cuidaran a las chicas, en la peor de las situaciones, es mejor un muerto que dos ¿no crees? – le dije a John pausadamente, tratando de que entendiera todo lo que yo decía –ahora, en la zona a la que nos dirigimos parecen haber mas sitios donde esconderse, eso es malo en cierto punto, y si algo llegase a pasar, Andres protegerá a Erika antes que a nadie, así que necesito que me ayudes a mantener a salvo a las otras chicas ¿trato de caballeros? – extendí mi mano.

–Trato de caballeros – dijo mientras estrechaba mi mano.

Seguimos hasta llegar al árbol, luego de eso había un discreto camino, algo de eso estaba en el diario, así que lo seguimos. A partir de aquí todo comenzaba atener sentido… o a perderlo, no estoy muy seguro, pero

encontramos el puente sin mayor dificultad. Cruzaba sobre un pequeño río, se veía profundo, pero teníamos mejores cosas que hacer que averiguar si lo era.

Un par de metros mas allá, sobre las copas de los arboles se comenzaba a divisar una cúpula, para nadie fue difícil adivinar que era, era eso que habíamos venido a buscar, la catedral. La emoción invadió el ambiente, Paola y Alejandra saltaban agarradas de las manos como dos niñas a las que les regalan un cachorro, pero de pronto Paola dejo de saltar, su rostro tomo un insano color blanco.

–¿Estas bien? – pregunto Alejandra.

Paola trato de decir algo, intento mover sus hermosos labios, que ahora tenían un color casi azul, pero fue inútil, me lance para atraparla antes de que cayera al suelo, ella temblaba en mis brazos, sin ninguna señal de conocimiento.

Y como si de un efecto domino se tratará, tras de mi John cayó al suelo, antes de que Alejandra pudiera hacer algo, ella también cayo, Erika trataba de despertar a Andres quien también había caído. Quería revisar el pulso de Paola, pero sentí un zumbido en mis oídos, parecía que la cabeza me fuese a estallar, todo se puso blanco, y lo único que recuerdo es escuchar la respiración agitada de Paola y el punzante dolor en mi pecho.

Desperté como si alguien hubiese forzado a mi alma a volver a mi cuerpo, el sobresalto fue como despertar de la peor pesadilla, sudaba y temblaba, mientras trataba de averiguar si en verdad estaba vivo, o si me encontraba ya en las puertas del infierno, sin Virgilio para que me guíe.

Cuando recupere el control de mis sentidos, note que estaba en una cama, sencilla, pero con un tendido blanco e impecable, en una habitación que no tenía más que una ventana cubierta por una cortina opaca pero que dejaba entrar suficiente luz como para apreciar todos los detalles de la habitación. A mi lado estaba mi maleta, todo parecía estar en su lugar, hablo de mis objetos, mi ropa y por supuesto, mis órganos.

Traté de abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave, así que procedí a ver por la ventana. Al correr la cortina pude ver que estaba en un cuarto piso tal vez, pero frente a mi se dibujaba un panorama desolador, estaba en un pueblo que jamás había visto, no había una sola persona, los edificios se veían viejos, en mal estado, y justo al fondo, de todo pude ver una catedral, majestuosa, como un rey en su trono, pero monstruosa al mismo tiempo, solo contemplarla hacia que mis huesos dolieran.

Quite mi vista de la ventana y busque en mis bolsillos, mi billetera estaba, junto con mis documentos y mi dinero. Mi teléfono también estaba, pero

apagado, cuando lo encendí note que la señal estaba muerta, pero hubo algo que me hizo sentir escalofrío, un espasmo recorrió todo mi cuerpo cuando vi que la pantalla decía que eran las tres de la tarde del día veinticinco de noviembre… era imposible… mi teléfono tenía clave, nadie podía cambiar la fecha ni la hora, pero si la fecha era real… ¿dónde estaban las últimas dos semanas de mi vida? Era el domingo once de noviembre cuando comenzamos a buscar la catedral… es imposible ¿Qué paso en estas dos semanas? ¿Dónde están los demás?

Entre en pánico, no sabía qué hacer, no podía pensar con claridad, pero el pánico y la euforia fueron interrumpidos por un sonido, el seguro de la puerta se acababa de quitar, ahora estaba abierta.